

La Mujer Samaritana

Pre-Historia

Después del reinado del rey Salomón, Israel se dividió en dos: el reino del norte, conocido como Israel, y el reino del sur, conocido como Judá. Samaria se convirtió en la capital del reino del norte. El Imperio Asirio conquistó el reino del norte y deportó a muchos israelitas, reemplazándolos con personas de varias otras tierras conquistadas. Estos nuevos habitantes se casaron con los israelitas restantes, lo que llevó a una población mixta. Con el tiempo, este grupo se conoció como los samaritanos. Su herencia mixta y sus prácticas religiosas distintas los diferenciaron de los judíos de Judá. Para la época de Jesús, la animosidad entre judíos y samaritanos estaba profundamente arraigada. Los judíos que viajaban entre Galilea y Judea a menudo tomaban una ruta más larga para evitar pasar por Samaria.

Juan 4:1-42

Jesús fue de viaje y pasó por Samaria. Cansado, Jesús se sentó a la orilla de un pozo, mientras sus discípulos iban al pueblo a comprar comida.

Una mujer de Samaria llegó a sacar agua del pozo. Jesús le dijo a la mujer: Dame un poco de agua. Como los judíos no se llevaban bien con los de Samaria, la mujer le preguntó: ¡Pero si usted es judío! ¿Cómo es que me pide agua a mí, que soy samaritana?

Jesús le dijo, yo le puedo dar agua viva para que nunca más tuviera sed. Entonces la mujer le dijo: Señor, deme usted de esa agua, para que yo no vuelva a tener sed.

Jesús le dijo: Ve a llamar a tu esposo y regresa aquí con él. No tengo esposo respondió la mujer. Jesús le dijo: Es cierto, porque has tenido cinco, y el hombre con el que ahora vives no es tu esposo. Al oír esto, la mujer le dijo: Señor, me parece que usted es un profeta.

Entendiendo que Jesús era profeta, la mujer comenzó a hablarle de las diferencias entre los Judíos y los Samaritanos en cuanto a la adoración a Dios. Jesús respondió, Dios es espíritu. Los que adoran al Padre lo debe hacer en forma verdadera. El Padre busca personas que lo adoren de esa manera. Por eso todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

La mujer le dijo: El Mesías, nos explicará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy el Mesías. Yo soy, el que habla contigo.

En ese momento llegaron los discípulos de Jesús. La mujer dejó su cántaro, se fue al pueblo y le dijo a la gente: Vengan a ver a un hombre que sabe todo lo que he hecho en la vida. ¡Podría ser el Mesías!

Mientras esto sucedía, los discípulos le rogaban a Jesús: Maestro, por favor, come algo. Pero Jesús les dijo: Mi comida es obedecer a Dios, y completar el trabajo que él me envió a hacer.

Fíjense bien: toda esa gente que viene es como un campo de trigo que ya está listo para la cosecha. Es cierto lo que dice el refrán: “Uno es el que siembra, y otro el que cosecha.” Yo los envío a cosechar lo que a ustedes no les costó ningún trabajo sembrar. Otros invitaron a toda esta gente a venir, y ustedes se han beneficiado del trabajo de ellos.

La gente salió del pueblo y fue a buscar a Jesús, y al escucharlo, mucha gente del pueblo de Samaria creyó en Jesús. La gente le rogó que se quedara con ellos. Él se quedó allí dos días, y muchas otras personas creyeron que Jesús en verdad es el Salvador del mundo.